

miró en un espejo en el momento en que Calixto iba á entrar. Este momento encierra un escollo para todas las mujeres. Ni las inteligentes ni las tontas, ni las francas ni las astutas, son dueñas de su secreto, el cual es percibido siempre en este momento por los ojos de otra mujer. Demasiada reserva ó demasiado abandono, una mirada libre y luminosa, el descenso misterioso de los párpados, cualquier cosa, acusa ese sentimiento difícil de ocultar, pues la indiferencia tiene algo tan completamente frío, que nunca puede ser disimulada. Las mujeres poseen el secreto de los matices, porque usan demasiado de ellos para no conocerlos todos, y en ocasiones sus ojos abrazan una rival de pies á cabeza, adivinan el más ligero movimiento de un pie bajo la falda, la más imperceptible convulsión del talle, y conocen la significación de aquello que para un hombre parece insignificante. Dos mujeres en observación mutua pueden ser materia para una de las escenas más admirables que puede verse en comedia.

—Alguna tontería ha hecho Calixto—pensó Felicidad al ver en uno y otra el aire indefinible de las gentes que se entienden.

La rigidez y la falsa indiferencia de Beatriz había cesado ya, y miraba á Calixto como cosa propia. Calixto estuvo explícito y se ruborizó como verdadero culpable y hombre feliz: iba, según dijo, á recibir órdenes para la correría del día siguiente.

—¿De modo que se ha decidido usted, querida mía?—dijo Camilo á Beatriz.

—Sí—contestó ésta.

—¿Y cómo lo sabía usted?—preguntó la señorita de Touches á Calixto.

—No lo sabía, venía á saberlo—respondió el joven al ver la mirada que le dirigía la marquesa de Rochefide, la cual no quería que su amiga sospechase siquiera que se carteaban.

—Vamos, ya se entienden—dijo Camilo, viendo la mirada de la marquesa.—Todo ha acabado, y ya sólo me resta desaparecer.

Bajo el peso de este pensamiento, el rostro de Felicidad sufrió una descomposición que hizo estremecer á Beatriz.

—¿Qué tienes, querida mía?

—Nada. De modo que mañana, Calixto, enviará usted

mis caballos y los suyos para que podamos encontrarlos al otro lado de Croisic, á fin de poder volver á caballo por la aldea de Batz. Almorzaremos en Croisic y comeremos á Touches. Usted se encargará de los remeros. Saldremos á las ocho y media de la mañana. ¡Qué hermosos espectáculos nos esperan!—dijo á Beatriz.—Verá usted á Cambremer, hombre que hace penitencia en una roca, por haber matado voluntariamente á su hijo. ¡Oh! está usted en un país primitivo, donde los hombres no experimentan los sentimientos ordinarios. Calixto le contará á usted esa historia.

Esto diciendo, Camilo se ahogaba de pena, y se marchó á su cuarto, adonde no tardó en seguirle Calixto, después de haber entregado la carta á la marquesa.

—Calixto, creo que ya es usted amado; pero me parece que me oculta usted algo y que ha infringido mis órdenes.

—¿Amado?—dijo Calixto dejándose caer en un sofá.

Felicidad asomó la cabeza por la puerta, y como viese que Beatriz había desaparecido, no dejó de parecerle extraño el hecho, porque entendía que una mujer no se va de una habitación donde se encuentra aquel á quien ama, si no es para hacer alguna cosa más grata.

—¿Le habrá escrito Calixto alguna carta?—se dijo la señorita de Touches.—Pero no, el pobre es demasiado inocente para semejante atrevimiento. Si me has desobedecido, lo habrás perdido todo por culpa tuya—dijo después, dirigiéndose al joven, con aire grave.—Anda, vete á dar las órdenes necesarias para la expedición de mañana.

Y esto diciendo, hizo un gesto, al que Calixto no pudo resistir: hay dolores mudos, de una elocuencia despótica. Yendo á Croisic á ver á los barqueros, y al atravesar el arenal y las salinas, Calixto experimentó grandes temores. La frase de Camilo encerraba un no sé qué fatal que le asustaba. Cuando volvió, cuatro horas después, cansado, contando comer en Touches, encontró á la camarera de Camilo de centinela á la puerta, esperándole para decirle que su ama y la marquesa no podrían recibirle aquella noche. Cuando Calixto, sorprendido, quiso interrogar á la camarera, ésta cerró la puerta y se marchó. Las seis daban en el reloj de Gueranda cuando el joven bretón entraba en su casa, ordenaba que le hiciesen comida y tomaba después parte en el juego de la mosca, lleno de sombría medita-

ción. Estas alternativas de alegría y de pesar y el aniquilamiento de sus esperanzas, sucediendo á la casi certidumbre de ser amado, anonadaban á aquella alma joven que volaba con todas sus fuerzas hacia el cielo, y que llegaba tan alto, que la caída debía ser horrible.

—¿Qué tienes, Calixto mío?—le dijo su madre al oído.

—Nada—le respondió el joven, mostrando unos ojos donde no se veía ya la luz del alma ni el fuego del amor.

Lo que da idea de nuestras ambiciones no es la esperanza, sino la desesperación. Los hermosos poemas de la esperanza pueden permanecer secretos, mientras que el dolor se muestra en toda su desnudez.

—Calixto, qué poco fino está usted—le dijo Carlota después de haber intentado en vano hacerle esos halagos de provinciana que degeneran siempre en molestias.

—Estoy cansado—contestó el joven, levantándose y despidiéndose de todos los reunidos.

—Calixto está muy cambiado—dijo la señorita de Pen-Hoël.

—Como nosotras no llevamos batas llenas de encajes, como no movemos nuestras mangas así, como no nos ponemos de este modo y no sabemos mirar de soslayo y mover la cabeza...—dijo Carlota, imitando y exagerando los aires, las miradas y las posturas de la marquesa.—Nosotras no tenemos voz afectada, ni esa tos interesante ¡je! ¡je! que parece ser el suspiro de una sombra, sino que tenemos la desgracia de tener una salud robusta y amor á nuestros amigos, sin coquetería, sin intentar, cuando les miramos, herirles como con un dardo ó examinarles con hipocresía. Nosotras no sabemos inclinar la cabeza como un sauce llorón, ni fingirnos amables levantándola así.

La señorita de Pen-Hoël no pudo menos de reirse al ver los gestos de su sobrina; pero ni el caballero ni el barón comprendieron aquella sátira contra los de París.

—Sin embargo, la marquesa de Rochefide es muy hermosa—dijo la solterona.

—Amigo mío—dijo la baronesa á su marido,—mañana sé que va á ir esa señora al Croisic, y como deseo conocerla, iremos é dar un paseo á ver si la encontramos.

Mientras que Calixto se devanaba los sesos á fin de adivinar cuál podía ser la causa de que le hubiesen cerrado la puerta de Touches, ocurría entre las dos amigas una escena

que debía influir en los acontecimientos del día siguiente. La carta de Calixto había causado á la señora de Rochefide emociones desconocidas hasta entonces para ella. Las mujeres no son siempre objeto de un amor tan joven, tan sencillo y tan absoluto como el de aquel niño, y, por otra parte, Beatriz había amado más de lo que había sido amada. Después de haber sido esclava, sentía un inexplicable deseo de ser á su vez tirana. En medio de su alegría, leyendo y releendo la carta de Calixto, Beatriz se sintió herida por un pensamiento cruel. ¿Qué hacían juntos Calixto y Camilo desde la marcha de Claudio Viñón? Si Calixto no amaba á Camilo y si ésta lo sabía, ¿en qué empleaban las mañanas? La memoria del espíritu relacionó maliciosamente esta observación con los discursos anteriores de Camilo. Parecía que un diablo sonriente hiciera aparecer en un espejo mágico el retrato de aquella heroica joven, con ciertos gestos y ciertas miradas que acabaron por iluminar á Beatriz. En lugar de ser igual á ella, resultaba aplastada por Felicidad; lejos de engañarla, había sido engañada por ella, pues vió que lo que Felicidad quería era proporcionar á aquel niño amado el placer de un amor extraordinario. A una mujer como Beatriz, este descubrimiento le hizo el efecto de un rayo; repasó minuciosamente la historia de aquella semana, y en un momento vió con claridad el papel que le había confiado su amiga, y se creyó atrocemente rebajada. En un acceso de rencorosos celos, creyó ver en Camilo la intención de vengarse de Conti. Todo el pasado de aquellos dos años pesaba, sin duda, en aquellas dos semanas. Una vez en el terreno de las desconfianzas, de las hipótesis y de la cólera, Beatriz no se detuvo y se paseaba por su habitación y se sentaba alternativamente, procurando tomar una resolución; pero permaneció indecisa hasta la hora de la comida, y tuvo que bajar á sentarse á la mesa sin haberse cambiado de ropa. Al ver entrar á su rival, Camilo lo adivinó todo. Beatriz, sin componerse, ostentaba un aire frío y taciturno, que, para una observadora como Maupin, equivalía á la hostilidad. Entonces, Camilo salió y dió á su camarera la orden que tanto había de asombrar á Calixto, pensando que si el sencillo bretón llegaba en medio de la disputa, acaso cometería alguna tontería que le haría perder para siempre á Beatriz, sin contar, por otra parte, con que deseaba no tener testigos en aquel duelo de engaños. Beatriz,

sin auxiliar, tenía que ser suya. Camilo conocía la sequedad de aquella alma y las pequeñeces de aquel gran orgullo, al que ella había apellidado tan justamente terquedad. La comida fué triste. Las dos mujeres tenían demasiado buen gusto y talento para explicarse delante de los criados ó exponerse á que éstos les oyesen. Camilo estuvo amable y bondadoso: ¡se sentía tan superior á su rival! En cambio, la marquesa, como sabía que había sido engañada como un chino, se mostró dura y mordaz. Durante la comida hubo un combate de miradas, de gestos y de medias palabras que no eran comprendidos, pero que anunciaban una gran tormenta. Cuando, acabada la comida, iban á ir arriba, Camilo ofreció maliciosamente su brazo á Beatriz, la cual fingió que no había visto el movimiento de su amiga, y se apresuró á subir sola la escalera. Una vez que el café estuvo servido, la señorita de Touches dijo á su ayuda de cámara un: «Déjenos usted» que fué la señal del combate.

—Las novelas que hace usted son mucho más peligrosas que las que escribe—dijo la marquesa.

—Sin embargo, tienen una gran ventaja sobre éstas—le contestó Camilo tomando un cigarrillo.

—¿Cuál?—preguntó Beatriz.

—Que son inéditas, ángel mío.

—Aquella en que me saca usted á mí, ¿llegará á formar un libro?

—No siento vocación por el oficio de Edipo. Ya sé que usted tiene la belleza y el talento de una esfinge; no me proponga usted enigmas, hábleme usted claro, querida Beatriz.

—Cuando, para hacer felices á los hombres, divertirlos, agradarles y disipar su mal humor, pedimos ayuda al diablo...

—Los hombres nos reprochan más tarde nuestros esfuerzos y nuestras tentativas, creyéndolas dictadas por el genio de la depravación—dijo Camilo dejando el cigarrillo é interrumpiendo á su amiga.

—Olvidan el amor que nos movía y que justificaba nuestros excesos, porque, ¿adónde no somos nosotras capaces de ir, movidas por el amor? Pero entonces hacen su oficio de hombres y se muestran ingratos é injustos—repuso Beatriz.

—Las mujeres se conocen entre sí y saben cuán noble, altiva y virtuosa es su actitud en todo caso; pero, Camilo,

acabo de reconocer la verdad de las críticas de que usted se quejaba á veces. Sí, querida mía, usted tiene algo de hombre, obra usted como tal, nada la detiene, y, si no posee usted todas las ventajas del hombre, tiene usted al menos en su espíritu su modo de pensar y participa usted del desprecio que ellos sienten por nosotras. Querida mía, estoy muy descontenta de usted, y soy demasiado franca para ocultárselo. Nadie me causará una herida en el corazón tan profunda como la que he recibido. Si no es usted siempre mujer en materias de amor, en cambio lo es usted en materia de venganza. Era preciso una mujer de genio para que pudiese encontrar el lugar más sensible de nuestras delicadezas. Me refiero á Calixto y á las truhanadas que ha empleado usted contra mí, querida mía. ¿Hasta dónde se ha rebajado usted, Camilo Maupín, y con qué intención?

—Siempre y cada vez más esfinge—dijo Camilo sonriendo.

—Ha querido usted que me arrojase en brazos de Calixto, pero soy aún demasiado joven para proceder de esa manera. Para mí, el amor es el amor con sus atroces celos y sus voluntades absolutas. Yo no soy autora y me es imposible ver ideas en los sentimientos...

—¿Se cree usted capaz de amar estúpidamente?—dijo Camilo.—Tranquílcese usted, querida mía; tiene usted demasiado talento para eso; se calumnia. Usted es bastante fría para poder hacer á su cabeza juez de los grandes hechos de su corazón.

Este epigrama hizo enrojecer á la marquesa, la cual, lanzó á Camilo una mirada llena de odio, una mirada venenosa y las palabras más duras de su repertorio. Camilo escuchó fríamente y fumando cigarrillos aquella furiosa avalancha llena de injurias tan mordaces, que se hace imposible trasladarlas al papel. Beatriz, irritada por la calma de su adversario, llegó á atribuir todo aquello á la edad que contaba ya la señorita de Touches.

—¿Es eso todo?—dijo Camilo lanzando una bocanada de humo.—¿Ama usted á Calixto?

—Ciertamente que no.

—Tanto mejor—respondió Camilo.—Pues yo sí le amo, y mucho, demasiado. El pobre, acaso haya tenido por usted un capricho. Usted es la rubia más deliciosa del mundo y yo soy negra como un topo. Usted es alta y esbelta, mien-

tras que mi talle reviste ya cierta seriedad; en fin, como usted misma ha dicho, usted es joven y yo no. Usted ha abusado de sus ventajas de mujer contra mí, del mismo modo que abusa de la sátira un periodiquillo. Yo he hecho todo lo posible por impedir lo que ocurre—dijo Felicidad levantando los ojos al techo.—Aunque tenga poco de mujer, me queda aún bastante, querida mía, para que una rival tenga necesidad de mí misma para poder sacarme ventaja... —La marquesa sintió en lo más vivo estas palabras crueles, dichas de la manera más inocente.—Usted me toma por una mujer muy estúpida, creyendo de mí lo que Calixto quiere hacerle creer á usted. Yo no soy tan grande ni tan pequeña, sino que soy mujer, y muy mujer. Vaya, deje usted esos aires de enfadada y deme la mano—dijo Camilo apoderándose de la mano de Beatriz.—Usted no ama á Calixto, ¿verdad? Pues bien, no se enfade usted; muéstrese dura, fría y severa con él mañana, y ya acabará por someterse después del responso que yo voy á echarle y, sobre todo, después de la reconciliación, pues aun no he agotado los recursos de nuestro arsenal, y el placer nace siempre del deseo. Pero Calixto es bretón, y si persiste en hacerle á usted la corte, dígamelo francamente, y se irá usted á una casita de campo que poseo á unas seis leguas de París, donde tendrá todo género de comodidades y adonde podrá ir á verla Conti. Que Calixto me calumnia, ¡bueno! El amor más puro miente seis veces al día, y sus imposturas son las que denotan su fuerza.

Mientras que decía esto, la fisonomía de Camilo denotaba una frialdad tan soberbia, que la marquesa, inquieta y temerosa, no supo qué contestarle.

Camilo le había asestado el primer golpe.

—Yo soy más confiada y menos agria que usted—repuso Camilo,—y no le supongo la intención de cubrir con una recriminación un ataque que comprometería mi vida: usted me conoce y sabe que no sobreviviría á la pérdida de Calixto, aunque tenga que renunciar á él tarde ó temprano. ¡Bueno! de todos modos, lo cierto es que estoy segura de que hoy me ama.

—Aquí tiene lo que me contestaba á una carta en que yo le hablaba de usted—dijo Beatriz, tendiéndole la carta de Calixto.

Felicidad tomó la carta y la leyó; pero al mismo tiempo

que la leía, sus ojos se llenaron de lágrimas, y lloró como lloran todas las mujeres cuando sienten sus más vivos dolores.

—¡Dios mío! ¡la ama!—dijo.—¿Cómo! ¿es posible que tenga yo que morir sin haber sido comprendida y amada?

Aquella mujer permaneció algunos momentos con la cabeza apoyada en el hombro de Beatriz: su dolor era verdadero, pues acababa de recibir en sus entrañas el terrible golpe que había recibido ya la baronesa de Guenic al leer aquella carta.

—Y tú, ¿le amas?—dijo Felicidad irguiéndose y mirando á Beatriz.—¿Sientes por él esa adoración infinita que triunfa de todos los dolores y que sobrevive al desprecio, á la traición y á la certidumbre de no ser nunca amada? ¿Le amas por él mismo y por el placer mismo de amarle?

—Querida amiga mía, no te apures; partiré mañana—dijo la marquesa enternecida.

—No, no te marches, pues veo que te ama; yo le quiero tanto, que sería para mí una desesperación verle sufrir y desgraciado. Yo había formado muchos proyectos respecto á él; pero si te ama, todo ha acabado.

—Yo también le amo, Camilo—dijo entonces la marquesa con adorable sencillez, pero ruborizándose.

—¿Cómo! ¿le amas, y puedes resistirle?—exclamó Camilo.—¡Ah! no, no, tú no le amas.

—No sé qué virtudes nuevas ha despertado en mí; pero lo cierto es que me hacen avergonzarme de mí misma—dijo Beatriz.—Quisiera ser virtuosa y libre, para sacrificarle algo más que mi corazón y mis infames cadenas. No, ni para él ni para mí deseo un porvenir incompleto.

—¡Cabeza fría! ¡amar y calcular!—dijo Camilo con una especie de horror.

—Todo lo que quieras, pero no quiero marchitar su vida ni ser para él una pesada carga. Si no puedo ser su mujer, no seré tampoco su querida. El me ha... No se burlará usted de mí, ¿verdad? Pues bien, su adorable amor me ha purificado.

Camilo dirigió á Beatriz la mirada más furiosa y salvaje que jamás mujer celosa haya podido dirigir á su rival.

—En ese terreno me creía sola—dijo Felicidad.—Beatriz, esa palabra nos separa para siempre; ya no somos amigas. Empezamos un combate horrible. Ahora te lo digo

con franqueza: ó sucumbirás, ó te verás obligada á huir. Y esto diciendo, Felicidad se fué á su cuarto, después de haber mostrado su cara de leona enfurecida á la estupefacta Beatriz.

—¿Vendrá usted mañana á Croisic?—dijo Camilo levantando el cortinaje de su cuarto y asomando la cabeza.

—¡Ya lo creo!—respondió orgullosamente la marquesa. —Ni huiré ni sucumbiré.

—Pues bien, á mí me gusta jugar limpio; mañana escribiré á Conti—respondió Camilo.

Beatriz se puso blanca como la cera.

—Las dos nos jugamos aquí la vida—respondió Beatriz, no sabiendo ya qué responder.

Las violentas pasiones que esta escena levantó entre aquellas dos mujeres se calmaron durante la noche. Ambas meditaron tranquilamente, y optaron por las pérdidas temporizaciones que seducen á la mayor parte de las mujeres, sistema excelente entre ellas y los hombres, pero malísimo entre mujeres. En medio de esta última tempestad fué donde la señorita de Touches oyó la gran voz que triunfa de las más intrépidas. Beatriz escuchó los consejos de la jurisprudencia mundana y temió el desprecio de la sociedad. El último engaño de Felicidad, mezclado con los acentos de unos celos atroces, tuvieron un completo éxito. La falta de Calixto quedó reparada; pero una nueva indiscreción podía destruir para siempre sus esperanzas.

Transcurrieron los últimos días del mes de agosto, y el cielo ostentaba una admirable pureza. En el horizonte, el Océano, como ocurre en los mares meridionales, parecía de plata líquida, y cerca de la playa veíanse algunas nubecillas. Una especie de humo brillante, producido por los rayos del sol que caían á plomo sobre las arenas, originaba allí una temperatura casi igual á la de los trópicos, gracias á lo cual florecía la sal en la superficie de los estanques. Los valientes salineros, vestidos de blanco para resistir la acción del sol, ocupaban desde la mañana su puesto, provistos de largos rastrillos, y apoyados los unos en las paredes de tierra que separan á cada propiedad, contemplando los efectos de aquella química natural, conocida por ellos desde la infancia, y jugando los otros con sus hijos y con sus mujeres. Aquellos dragones verdes, llamados carabineros, fumaban tranquilamente. Había un no sé qué tan grande de oriental

en este cuadro, que, un parisiense, transportado súbitamente allí, no se hubiera creído en Francia. El barón y la baronesa, bajo pretexto de ver cómo recogían la sal, estaban en la escollera admirando aquel silencioso paisaje, donde sólo el mar dejaba oír rítmicamente el embate de sus olas, donde los barcos surcaban el Océano y donde el recinto verde de tierra cultivada producía un efecto tanto más grato cuanto que es excesivamente raro verlo en las orillas siempre desoladas del Océano.

—Vaya, amigos míos, aun habré visto una vez más, antes de morir, las salinas de Gueranda—dijo el barón á los salineros que se habían agrupado á la entrada de los estanques para saludarle.

—¿Acaso mueren nunca los Guenic?—dijo un salinero.

En este momento, la caravana salida de Touches empezó á percibirse. La marquesa iba sola delante; Camilo y Calixto la seguían, dándose el brazo, y á veinte pasos más atrás iba Gasselín.

—Aquí están mi padre y mi madre—dijo el joven á Camilo.

La marquesa se detuvo. La señora de Guenic sintió una violenta repulsión al ver á Beatriz, á pesar de estar prevenida en su favor. Beatriz llevaba un sombrero de Italia, de grandes alas, una bata de color gris y un cinturón azul; en una palabra, que parecía una princesa disfrazada de pastora.

—Ésa mujer no tiene corazón—se dijo la baronesa.

—Señorita—dijo Calixto á Camilo,—le presento á usted á la señora de Guenic y á mi padre.

Después, dirigiéndose al barón y á la baronesa, les dijo:

—Padre mío, la señorita de Touches y doña Beatriz de Casterán, marquesa de Rochefide.

El barón saludó á la señorita de Touches, la cual hizo á la baronesa un saludo humilde y lleno de agradecimiento.

—Ésta ama verdaderamente á mi hijo—dijo Fanny,—y parece darme las gracias por haber echado al mundo á Calixto.

—¿Vienen ustedes, como yo, á ver si la colecta es buena?—dijo el barón á Camilo;—por más de que usted tiene más razón que yo para ser curiosa, porque posee aquí propiedades.

—La señorita es la propietaria más rica de todos estos

contornos, y que Dios se lo conserve, porque es una buena señora—dijo uno de los salineros.

Las dos compañeras se saludaron y se separaron.

—Nadie echaría más de treinta años á la señorita de Touches—dijo el barón á su mujer.—¡Es muy guapa! ¿Y prefiere Calixto ese carcamal de marquesa parisiense á esta excelente hija de Bretaña?

—¡Ay de mí! sí—dijo la baronesa.

Una barca esperaba al pie de la escollera, donde se hizo el embarco sin alegría. La marquesa estaba fría y digna. Camilo había reñido á Calixto por su desobediencia, expoliándole el estado en que se encontraban los asuntos de su corazón. Calixto, presa de taciturna desesperación, dirigió á Beatriz miradas en que el amor y el odio luchaban á porfia. Durante el corto trayecto de la escollera de Guerand al extremo del puerto de Croisic, lugar donde cargan la sal que las mujeres llevan luego en cestos sobre la cabeza, se habló una palabra. Las mujeres encargadas de transportar la sal van descalzas y llevan una falda muy corta. Mucha gente se hablaba indolentemente al descubierto su busto, y algunas llevaban más que camisa, y son las más altivas, pues más vestidos llevan las mujeres, más púdicas noblezas demuestran. El pequeño barco danés acababa de hacer su carga, y como el desembarco de aquellas dos hermosas mujeres hubiese excitado la curiosidad de las cargadoras de sal, Camilo, tanto para evitar esto, como para servir á Calixto, apresuró á saltar á las rocas, dejándole con Beatriz. Dejó entre su amo y él una distancia de unos doscientos pasos. De la parte del mar, la península de Croisic está formada de rocas graníticas de formas tan caprichosas, que sólo pueden ser apreciadas por las personas que saben hacer comparaciones entre estos grandes espectáculos de la naturaleza salvaje. Ni las costas de Córcega, donde el granito forma extraños arrecifes, ni las de Cerdeña, donde la naturaleza produce efectos grandiosos y terribles, ni las rocas basálticas del mar del Norte, ofrecen un aspecto tan extraordinario. La fantasía se ha divertido en formar allí interminables bosques, donde las más fantásticas figuras se enrollan y se enrollan. Todas las formas se ven allí. La imaginación cansó, sin duda, para hacer aquella inmensa galería de curiosidades donde el mar penetra en tiempo de tormento habiendo acabado por pulir todas sus asperezas. Bajo

bóveda natural, de una valentía pálidamente imitada por Brunelleschi, pues los más grandes esfuerzos del arte son siempre una tímida falsificación de los esfuerzos de la naturaleza, se ve un cubo, pulido como una bañera de mármol, y enarenado con una arena fina y blanca, donde puede uno bañarse sin temor, en cuatro pies de agua tibia. Allí se admiran también pequeñas ensenadas frescas abrigadas por pórticos groseramente tallados, pero majestuosos, semejantes á los del palacio Pitti, que no son más que otra imitación de los caprichos de la naturaleza. Los accidentes son allí admirables, y no falta nada de lo que la imaginación más extravagante pudiera inventar ó desear. Existe asimismo, cosa tan rara en las orillas del Océano, que, sin duda, es la única excepción, un gran zarzal, formado de la planta que se llama Croisic, donde los árboles no brotan, se encuentra á una milla próximamente del puerto, en la punta más avanzada de la costa. En uno de los promontorios formados por grandes cerros que se elevan sobre el mar á una altura adonde no llegan las olas, ni aun en los días de mayor tormenta, y que está expuesto al mediodía, los caprichos diluvianos han formado un margen hueco de unos cuatro pies de profundidad, la casualidad, ó el hombre, sin duda, puso bastante tierra vegetal para que haya brotado un boj sumamente tupido. La forma y longitud de las raíces acusa que esta planta tiene por lo menos trescientos años de existencia. Por debajo, la roca está completamente hueca. La conmoción, cuyas huellas están escritas con caracteres inborrables en aquella costa, se ha llevado, Dios sabe adónde, los pedazos de granito. El mar llega sin encontrar sólo pueden ser apreciadas por las personas que saben hacer comparaciones entre estos grandes espectáculos de la naturaleza salvaje. Ni las costas de Córcega, donde el granito forma extraños arrecifes, ni las de Cerdeña, donde la naturaleza produce efectos grandiosos y terribles, ni las rocas basálticas del mar del Norte, ofrecen un aspecto tan extraordinario. La fantasía se ha divertido en formar allí interminables bosques, donde las más fantásticas figuras se enrollan y se enrollan. Todas las formas se ven allí. La imaginación cansó, sin duda, para hacer aquella inmensa galería de curiosidades donde el mar penetra en tiempo de tormento habiendo acabado por pulir todas sus asperezas. Bajo

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
180 REYES